

AQUEL VIEJO INSTITUTO DE LA MAGDALENA. MI INSTITUTO «GOYA» (1948-1952)

FERNANDO SOLSONA MOTREL¹

1. Cuando estudiante de bachillerato fui alumno durante los tres primeros cursos en la Escuela Pía, de donde pasé al Instituto «Goya» (en su sede de la antigua Universidad, en la plaza de la Magdalena), para cursar los otros cuatro restantes. El profesorado era excepcional, destacando, entre otros, dos sordos con grandes condiciones para la docencia (gusto por ella, afán de claridad, garbo y gracia para la misma, entre otras condiciones, muy adecuada voz para su ejercicio, honda y amplia cultura para cambiar de asunto cuando esto hiciera falta): J. M. Blecua, catedrático de Lengua y Literatura, y Eugenio Frutos Cortés, catedrático de Filosofía recalado en Zaragoza, ya para siempre, procedente de los institutos de enseñanza media de Manresa, Cáceres y «Menéndez y Pelayo» de Barcelona. José Manuel Blecua, de gran aureola por su precocidad (nacido el 10 de enero de 1913) en Alcolea de Cinca, como catedrático de instituto, siendo su primera plaza en la provincia de Almería (por cierto, fue protagonista de una de las mejores anécdotas del libro que preparo *Anecdotario académico-docente y médico aragonés*, anécdota que hace al caso por su precocidad en conseguir la cátedra de Almería. Al inicio de la *Guerra Incivil*, hubieron de acudir a la Caja de Reclutamiento en el pozo de San Lázaro, junto al Ebro, en Zaragoza, todos los ciudadanos varones que hubieren cumplido los 21 años. En una de las filas establecidas, en donde un sargento provisto de una máquina de escribir hacía la filiación y señalaba destino a los que guardaban cola, se colocaron tres amigos: los doctores Vicente Peg (quien sería excelente bioquímico), Luis Pérez Serrano (traumatólogo, hijo del jefe de servicio del Hospital Provincial de igual nombre y apellido) y José Manuel Blecua; este pasó el primero y se estableció entre el sargento y el recluta el siguiente diálogo que podía escucharse bien por la voz alta de por sí del mecanógrafo, incrementada en bastantes decibelios, de modo obligado, por la manifiesta sordera del recluta:

- ¿Apellidos y nombre?
- Blecua Teijeiro, José Manuel.

¹ Catedrático de Radiología y Medicina Física. Presidente del Ateneo de Zaragoza.

- ¿Profesión?
- Catedrático de literatura.
- ¿Sabe leer y escribir?
- Sí.
- Pues a Sanidad –ordenó el sargento.

2. Eugenio Frutos Cortés era natural de Guareña (Badajoz, 1903) –más tarde sería también profesor mío de Psicología Médica, en la Facultad de Medicina–, había alcanzado la cátedra del Instituto de Manresa en 1928, pasando al de Cáceres (1930) y al «Menéndez y Pelayo» de Barcelona (1941) y un año después al «Goya». Buen profesor de Filosofía, excelente escritor, exquisito poeta, muy querido al igual que Blecuca por los estudiantes; dos alumnos suyos del Goya fueron pronto catedráticos de las Universidades de Oviedo (Gustavo Bueno) y de Costa Rica (Constantino Láscaris) Era autor de un excelente manual (en tres tomos), que, como el de otros profesores del «Goya» (Blecuca, Moreno Alcañiz, Temprano, Baratech y Ciriquíán), alcanzó muchas ediciones, Toda su obra literaria la llevó a cabo don Eugenio en un velador del café Gambrinus de la plaza de España, a partir de las cuatro o cinco de la tarde, por supuesto, a mano, con el abrigo por encima de los hombros, de espaldas a la plaza para evitar distracciones, pensando en sí mismo y en ahorrar molestias de obligado saludo a los transeúntes conocidos.

3. Benjamín Temprano era profesor muy duro, que escondía así su falta de afición y garbo docentes. Comenzó el curso preguntando cuestiones del curso anterior de la asignatura para no ser menos que los duros funcionarios de algunos regímenes.

4. Las matemáticas tenían dos profesores, que alternaban su enseñanza en primer curso y ya llevaban a los alumnos el resto de los cursos, por tanto siempre con el mismo; Benigno Baratech, que no lo fue de mi promoción, pues llevaba a los alumnos que comenzaban su bachillerato en años pares y José Estevan Ciriquíán sí que lo fue; para los que comenzamos la enseñanza media en años impares (1952, en mi caso); ambos eran autores de un estupendo tratado de Matemáticas de un tomo por curso. Don José era también profesor adjunto en la Facultad de Ciencias, gozando de gran prestigio en la misma. Tuvo la delicadeza, tras el examen de Estado, de invitarnos cada tarde a uno de nosotros a tomar café a su casa en la calle de Ponzano, esquina del paseo de Pamplona (modelo hoy de rehabilitación), para interesarse por nuestra inclinación para elegir carrera y para aconsejar al que lo necesitare.

5. La Física y la Química corrían a cargo de Emilio Moreno Alcañiz, de gran competencia como los anteriores, autor de libros de Física y Química, muy vendidos en el resto de España, también en Zaragoza, así como de un precioso librito titulado *El universo y el átomo*, que se nos regalaba a fin de curso, aunque

no a todos los alumnos. Mi afición a la Física de las radiaciones arranca de la lectura de aquel libro tan grato, incluso de impresión. Era también profesor adjunto, por oposición de la Facultad de Ciencias, secretario de la misma y excelente crítico taurino, con el pseudónimo de *Polvorita*. Buen profesor, no excesivamente exigente y muy querido por los alumnos, dando el buen ejemplo que fueran alumnos sin prebendas, sus propios hijos Emilio y Alberto, médico neumólogo el primero, jefe de la secretaria de Alcaldía el segundo. Me cupo la satisfacción de redactar para la *GEA* la voz Moreno Alcañiz, Emilio (apéndice).

6. Don Vicente Tena, nacido en La Muela, era nuestro profesor de Griego, también de Latín en sexto curso y, a la vez, vicario general del Arzobispado de Zaragoza. Gozaba de gran consideración en todos los medios intelectuales de la ciudad, y acaso era el eclesiástico zaragozano más estimado en las esferas culturales de la ciudad. Verle, tras la clase impartida, colocarse el manteo con un sutil juego de muñeca, en lo alto de la escalera principal, antes de iniciar el descenso para salir a la calle, era la mejor lección de elegancia y de cultura helénica que podía darse. En este breve acto, don Vicente era la misma Grecia.

7. Anselmo Gascón de Gotor fue profesor de Geografía e Historia, con mejor preparación en esta última y con una vocación irresistible hacia la figura de Fernando el Católico. Los alumnos cuando no andábamos bien preparados para ser preguntados en clase, al llegar don Anselmo, si llegaba pronto, lo que era pocas veces, le instábamos a que nos hablase de Fernando el Católico o del Compromiso de Caspe y él, en su fuero interno, decía para sí: «Pues a bodas me convidas». Se liberaba, así, de tenernos que explicar otro asunto en el cual, sin duda, andaba menos preparado; y a nosotros, de sus preguntas en clase; ya he dicho que no siempre era puntual; más bien casi nunca. Y a veces, aún se entretenía hablando con los bedeles mientras nosotros repasábamos ante sus posibles preguntas; en resumen, la clase realmente, en vez de empezar a las 11.35 empezaba a las 12.10 y a las 12.20 la daba por terminada con su conocida frase: «Ya que no hemos sido puntuales para entrar, seamos puntuales para salir»; todos guardamos muy buen recuerdo de don Anselmo porque nos enseñó a amar Aragón y a desterrar tópicos y vaguedades de nuestras mentes; el estreno de la película *Agustina de Aragón*, protagonizada por una actriz guapilla, pero mediocre y algunas cosas que dijo sobre Aragón, a nosotros, estudiantes de quinto de Bachillerato nos irritaron y don Anselmo supo aprovechar aquella energía para encauzarla en el debido camino del verdadero amor a Aragón, lección muy eficaz para todos.

8. Arturo Román, nuestro profesor de Inglés, fue querido y respetado. Lo mismo en la Facultad de Medicina, en la que era también nuestro profesor de la lengua de Chaucer y Shakespeare; hago de él una cariñosa semblanza en mi libro *Nuestros maestros* (2009). A los antiguos alumnos del «Goya», lo mismo que

Frutos, nos trató muy bien en la Facultad de Medicina. Fue hombre con fino sentido del humor y con el prestigio de que había trabajado en un banco en Londres, lo que era garantía de su buen conocimiento del inglés, acompañado de unas condiciones didácticas formidables.

9. No cursé ningún año con don Carlos Albiñana, en la asignatura de Francés. El instituto disponía como profesor de Alemán y de Italiano a don Ildefonso Grande, que además ejercía como jefe de Estudios. No cursé alemán y nada puedo decir de su docencia. De sólida afición al teatro, sus condiciones de traductor le permitían un sobresueldo traduciendo a Pirandello. También por su afición al teatro, montaba en el Instituto representaciones de Calderón, en particular, *La vida es sueño*, sobre todo en su versión de Auto Sacramental. Seleccionaba para los papeles a los alumnos de mejores calificaciones que, acaso, podíamos tener capacidad para aprender pronto nuestros papeles, pero carecíamos de gracia teatral (éste era mi caso), para responder a la confianza depositada por don Ildefonso. Existía también una profesora de italiano, la señorita Dastis, con la que tampoco cursé ningún año.

10. El profesor de Dibujo, Leopoldo Romo, el último desaparecido de aquel brillante cuadro profesoral, era hombre comprensivo y se interesaba en sacar partido de las condiciones de cada uno de nosotros. Vista mi nulidad manual, desistió de que yo aprendiese dibujo y tuvo el acierto de encomendarme, para que yo hiciera algo provechoso durante el horario de clase, de entregarme sucesivamente libros de diferentes maestros del dibujo universal. Así, mientras mis compañeros apuraban sus condiciones, yo me afanaba en aprender las esencias de Durero, Rembrandt, Goya, Ingres y otros maestros del dibujo y del grabado. Sin duda que mi afición por la historia del dibujo y de la pintura arranca de aquellas lecturas de horario postprandial que, en vez de adormilarme, me estimulaban. Debo mucho a don Leopoldo Romo, que creo que era extremeño o, acaso, salmantino o zamorano; lamento no haberlo sabido.

11. El profesor de Ciencias Naturales, que se impartía sólo en sexto curso, era el farmacéutico Jerónimo Félix García, con botica abierta en el Coso Bajo, casi esquina de la antigua calle de la Imprenta Vieja (ya, en aquellos tiempos dedicada a Mateo Flandro, autor del primer libro con colofón impreso en España), que no gozaba de simpatías (tampoco lo contrario) entre la grey estudiantil, acaso por su condición de director del Centro.

12. El sacerdote Fermín Lacruz era el profesor de Religión, muy culto y bondadoso, que explicaba muy bien la Apologética y era un artista en la elaboración de belenes en vísperas de la Navidad, en cuya tarea nos invitaba a ayudarle, lo que yo agradecí, pues aprendí mucho. El señor Durá fue nuestro profesor de Formación Política asignatura a la que los estudiantes no le concedíamos importancia y el profesor con buen gusto nunca nos forzó a dedicarle mucha atención.

14. Los profesores adjuntos apenas los conocimos (pues los catedráticos gozaban por fortuna de muy buena salud, además de generosa vocación para la clase diaria): doña Carmen Alquézar para Lengua Española, cuya aportación dulcificaba un poco la enseñanza muy *viril* del «Goya»; Rodilla en Geografía e Historia auxiliaba a Gascón de Gotor, que tardaría algunos años todavía en ser catedrático, aunque para los alumnos, de siempre tuvo categoría para ello. Almarza para Francés, con buen éxito entre las mujeres (no me refiero a alumnas); Las penurias de la guerra no parecían afectar la salud de los profesores. Nunca dejó de asistir a clase, que recordemos, don Eugenio Frutos a pesar de su poca fortaleza física, tampoco Moreno Alcañiz, ni Ciriquián, ni el director, farmacéutico con botica abierta en el Coso Bajo, ni Blecua. Tampoco Temprano, a pesar de los deseos de los estudiantes.

15. El «Goya» disponía, mejor dicho, gozaba de unos profesores ayudantes excelentes, maestros destacados, que cuidaban del orden en los estudios y explicaban algunas cuestiones o significados de palabras o frases. Recordamos con cariño a don Inocencio (Gil), de Ainzón, padre de bella muchacha, que casaría con el cirujano digestivo José Luis Bello; don Rafael Giménez, periodista de *El Noticiero*, pequeño, pero listo, a quien hacíamos objeto de nuestras inocentes bromas, que no aguantaba bien, lo contrario que don Inocencio, que las soportaba con afable sonrisa. Don Pedro (Gómez Lafuente, hijo de la prestigiosa doña Eulogia), *Fumanchú* para los estudiantes, director de la Normal de Magisterio, de seriedad excesiva, de escasas palabras, que paseaba a grandes y ruidosas zancadas por el aula, dificultando nuestra concentración. De modo voluntario, altruista, una tarde a la semana, Carmelo Fuertes Catalán, químico distinguido, hijo de don Carmelo, el maestro de la Preparatoria, que sería años después, y por mucho tiempo, director de la empresa Cluzasa, se ofrecía para dirigir un seminario, muy útil, que nos preparaba para cuestiones muy útiles, de relaciones sociales; buen conocedor de la psicología de los (y las) jóvenes. Aquellos círculos de estudio eran amenos, instructivos, con buena base cultural. La dirección y el profesorado del Instituto confiaron mucho en esta actividad complementaria, que liberaba a los numerarios de estas «enseñanzas para la vida» y que nos enseñó mucho de cómo tratar (ahora se diría *ligar*) con las muchachas.

En aquel Instituto «Goya» hasta los bedeles ponían interés en nuestro aprovechamiento, como señalan los excelentes capítulos escritos por Manuel Alvar (en *El envés de la hoja*, IFC, Zaragoza, 1982) y Jaime Esaín. Con referencias ambos a Norberto, el conserje y a Navarro, bedel para los últimos cursos.

Está claro que lo que antecede se refiere al período 1948-1952, pues en aquellos años el profesorado cambiaba a menudo, dados los muchos concursos de traslado motivados por nuestra *guerra incivil*, y los consiguientes reajustes.

He conocido a través de varios artículos de Manuel Alvar, acaso el más brillante exalumno del «Goya», a partir de 1941, en que terminó su bachillerato, a

valorar a unos y a otros y coincidimos en algunos profesores, tan esenciales como Blecua y Frutos, pero él no pudo gozar de otros buenos que yo tuve y, *mutatis mutandis*, mi generación no pudo beneficiarse de otros excelentes de que dispuso la suya, brillantísima (la de Alvar, Lázaro Carreter, Monge, Antonio Ubieto, Gustavo Bueno, Constantino Láscaris, Albert Lasierra, José María Andalu, Pons –médicos estos tres últimos–, Gómez Saliz (catedrático de la Normal de Magisterio), Ángel Anadón (gerente muchos años del Teatro Principal) Alejandro López (quien sería sacerdote de Santa Engracia). Jaime Esaín llevó a cabo un excelente artículo, que el lector de este hará bien en consultar.

Con este profesorado algo variable según generaciones, la de Alvar, la de Esaín, la mía, las intercaladas y algunas tras la mía, recibimos² una formación que nos dio sólidos conocimientos (*enseñanza*), formó nuestras mentes (*instrucción*) y sobre todo nos condujo con formación y seguridad (*educación*) para andar por la vida; sin duda, a ellos debemos éxitos profesionales y socio-culturales.

Se impone la idea de que entre todos los exalumnos podamos elaborar un censo del «Goya», que podría efectuarse (partiendo de la idea del profesor Arturo Ansón de utilizar en esta tarea a alumnos actuales de los últimos cursos que, llevando a cabo semblanzas no largas, pudieran reunirse en una publicación que estimulase a los propios alumnos de hoy a creer que *su instituto «Goya»* y no sólo por el nombre de su patrono, es uno de los grandes de España. Esa seguridad en sí mismo, que los cursis llaman autoestima, es nota fundamental para sanas ambiciones y puede evitar la alienación.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, M., «Mi Instituto “Goya”», en *El envés de la boja*, IFC, Zaragoza, 2002, 2.ª ed., con magnífico estudio introductorio de Tomás Buesa.
- MORENO ALCAÑIZ, Emilio, *El universo y el átomo*, Zaragoza, 1949.
- SOLSONA, F., «Presentación de Manuel Alvar», *Cuaderno del Ateneo*, n.º 11, Ateneo de Zaragoza, 1988.
- , *Nuestros maestros. Promoción médica 1952-1959 de la Facultad de Medicina de Zaragoza*, 2009.

² Afortunadamente, mis tres primeros años de bachiller fueron en las Escuelas Pías, con profesores que, sin alcanzar la categoría de los del «Goya», enseñaban con eficacia perdurable. No desentoné al llegar al «Goya».